

**DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO (A)**  
**Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat**  
**Is 56, 1.6-7 / Rm 11, 13-15. 29-32 / Mt 15, 21-28**  
**17 de agosto de 2008**

Las lecturas que hemos escuchado, las tres y el salmo interleccional, tienen en común un mensaje: la salvación de Dios es para todo el mundo. Hoy no habría que decir nada más. Pero nos hace falta una cosa fundamental y es hacernos esta pregunta: ¿nos lo creemos realmente? ¿O quizás dentro de nuestro corazón hay un rincón que nos dice que tal o cual no son lo bastantes dignos? Vaya, que no tienen bastante categoría, ni formación, ni tradición para participar activamente en nuestras celebraciones. Estaría bien que repasáramos nuestras actitudes interiores y observáramos si hay en nosotros un deseo de hacer acepciones, y después respondiéramos por qué tenemos este sentimiento. Después de oír las lecturas, es muy probable que no queramos dar una respuesta poco abierta, generosa, universal pues nos parece muy poco correcto; quizás buscaremos dar lo que ahora se llama una respuesta políticamente correcta. Si es así, nuestro corazón por dentro continuará siendo reticente y quizás rodeado de prejuicios. Por otra parte, también nos podemos refugiar con la respuesta de Jesús a la mujer cananea: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos.» Después de todo, debe ser muy lícito pensar que cada uno ha de tener lo que se merece.

Hace dos semanas pudimos escuchar cómo Jesús había multiplicado cinco panes y pudo ofrecerlos a un gentío que lo seguía y además nos dijeron que había sobrado doce cestos llenos de las sobras. Sabíamos que estos doce cestos representaban a las doce tribus de Israel, o lo que es lo mismo, había comida para todos los miembros del pueblo escogido; había para todos los creyentes, los que nos sentimos hijos de Dios. Jesús, a la mujer cananea le recuerda que el pan es para los hijos; ella que era una mujer y además cananea no tenía derecho a ese pan. Parece claro que Jesús le venía a decir que sólo unos privilegiados tienen derecho a vivir de la salvación. La misión de Jesús era bien clara: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel». Todavía había otros inconvenientes para hacer caso a aquella mujer: era cananea. No sólo era pagana, sino que los cananeos tenían que haber desaparecido: ellos eran los habitantes de la tierra prometida que los Israelitas habían recibido de Dios y que tenían que conquistar al salir del desierto. No era nadie. De hecho Jesús la trata como un animal impuro, como un perro, porque a los perros se los despreciaba por su servilismo y porque se les podía alimentar con carne impura (Ex 22,30). La respuesta de Jesús, mirándolo fríamente, era coherentemente lógica. Darle la fuerza del pan bendecido era impensable.

La convicción de la mujer es lo que hace cambiar la lógica de Jesús. La mujer cuando grita: «Ten compasión de mí, Señor hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo» reconoce en Jesús diferentes cosas; al decirle Señor hijo de David: reconoce que él es el Salvador, el que la puede salvar; al decirle ten compasión de mí, reconoce su profunda limitación e implora que entienda su sufrimiento; al decirle, mi hija tiene un demonio muy malo, reconoce que el fruto de la sus entrañas es víctima del mal. Pedía la liberación, una vida digna para ella y su hija. Pero además aquella mujer, en su respuesta a Jesús le pide poder vivir esperanzadamente de aquel pan que había sobrado; reconoce su indignidad (acepta ser comparada con perros), pero insiste en su convicción de vivir mejor. Jesús, como hemos visto, admirado por su fe, pues ella cree en una vida mejor, transforma su vida. // Nos ha dicho el evangelista que la hija quedó curada. En Jesús las entrañas del mal desaparecen, él tiene entrañas de misericordia. Como nos ha dicho al final de la carta a los Romanos: Dios tiene misericordia de todos.

La reflexión del evangelio es quizás una buena oportunidad para mirar nuestras comunidades creyentes. ¿Hacemos como Cristo y acogemos a todo el mundo, sea cual sea su procedencia? ¿Escuchamos y acogemos a aquellos que aunque no conocemos, expresan su deseo de participar en nuestras asambleas eucarísticas, cuando de una manera muy discreta y humilde se hacen presentes? ¿O nos molesta lo que dicen, de dónde vienen y de hecho les hacemos el vacío? ¿Los tratamos con indiferencia como si fueran perros? Fijémonos en lo que los discípulos aconsejaban a Jesús: «Atiéndela, que viene detrás gritando» ¿No es una descripción de lo que hacen los perros? A veces estamos tan bien instalados que nos molesta aquello que se sale de la rutina de nuestra vida de fe. ¿Cómo acogemos en nuestras comunidades cristianas a aquellos que tiene convicción, y fe, pero son extranjeros? Isaías nos decía: «A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo, para amar el nombre del Señor... los traeré a mi Monte Santo, los alegraré en mi casa de oración». ¿Lo hacemos?

El evangelio de hoy todavía nos puede sugerir una nueva pista de reflexión. Entre nosotros hay muchas personas que han tenido que emigrar del mal, de situaciones injustas, a menudo tratados como perros, y que quieren comer, aunque sea de las sobras de nuestra riqueza. Si estamos atentos, también oiremos lo que decía la mujer cananea: ten compasión de mí: quieren vivir dignamente. Ahora que vienen tiempos difíciles ¿cerraremos nuestras entrañas a la misericordia, cuando hasta ahora han colaborado en el crecimiento de nuestra riqueza? Está claro que para poder escuchar, si de verdad somos cristianos, si nuestro modelo es Jesús, tendremos que abrir el corazón a la justicia. Ojala que con los extranjeros y solidariamente sepamos decir la plegaria del salmista: El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros.